



ASTROMUJOFF

## Portugal hoy

*PORTUGAL ESTÁ económicamente peor que España; ha aprovechado peor las ayudas europeas y padece un aumento preocupante del paro*

MARIO SOARES - 02:48 horas - 28/09/2003

En estas páginas he escrito sobre Portugal en contadas ocasiones. No porque piense que los asuntos portugueses interesan poco a los españoles en una península cada vez más integrada económicamente, sino porque suelo reservar para los artículos en la prensa portuguesa los asuntos estrictamente de orden nacional.

Vivimos, sin embargo, en un mundo global y en una Unión Europea que intenta reforzar su unidad política como imperativo de supervivencia. Todos respetan a todos, en especial en el seno de la cultura española y de las lenguas habladas por los peninsulares e iberoamericanos que, con mayor o menor dificultad, se comprenden.

A la vista está la crisis de la UE: recesión persistente, falta de líderes políticos capaces de imponerse por sus ideas y propuestas en términos de futuro: divisiones sobre la estrategia de una Unión entendida como potencia internacional y sobre los medios idóneos para alcanzarla; desconfianza, si no indiferencia, de las nuevas generaciones con relación a los partidos políticos y los sindicatos; excesiva mediatización del sistema democrático y judicial; consumismo desenfrenado y predominancia del poder económico (en especial, de las multinacionales y de los grandes grupos nacionales) sobre el resto de poderes fácticos de las sociedades europeas; ausencia de grandes causas susceptibles de movilizar a una opinión pública desorientada y desestructurada: son algunos de los rasgos de la crisis que afecta a Europa y, de forma aún mucho más grave, al mundo.

Portugal, que durante unos años –después de la adhesión a la CEE– fue señalado como ejemplo de recuperación de un pasado ancestral, atraviesa actualmente un mal momento. Económicamente está en peor situación que España. Ha aprovechado peor las ayudas europeas. Y comienza a verse corroído por un aumento preocupante del paro (7%), por un cierto marasmo en la actividad empresarial y en la inversión interior y exterior, por una acentuada pérdida del poder de compra en el caso de las clases medias y bajas y por un fenómeno generalizado de desconfianza y crispación que ataca a los círculos políticos, profesionales, empresariales, sindicales y populares.

No se trata de una situación aislada. Casi todos los demás países de la Unión padecen males idénticos. Pero en Portugal ha venido a acentuarse un clima de escepticismo y malestar generalizados, agravados por la catástrofe de los terribles incendios de este verano (que destruyeron más de 400.000 Ha. de bosque) y por una creciente desconfianza (muy peligrosa) en relación a la justicia que se está

infiltrando en la sociedad con motivo de la opacidad generada por el así llamado proceso de los pederastas, alimentada por las fugas que dan a conocer los medios de comunicación social y por las listas que circulan de sospechosos sin que pueda demostrarse su veracidad.

En un informe encargado por el Gobierno a McKinsey se trata de explicar la falta de competitividad de la economía portuguesa por una cierta “informalidad”, eufemismo tras el que se agazapa la falta de respeto por la ley, la burocracia paralizadora, la corrupción, la evasión fiscal y el incumplimiento por parte de las empresas (naturalmente, con honrosas excepciones) de sus obligaciones sociales. Por consiguiente, y al contrario de lo que pretende la derecha instalada en el poder, las responsabilidades no recaen –como siempre ha pretendido– en las leyes laborales ni en las garantías llamadas “socializantes” de la Constitución de 1976.

En un documento realmente notable –y que llama a cada uno por su nombre– el Consejo Episcopal de la Iglesia católica acaba de dar a conocer su análisis de la “crisis no sólo económica, sino sobre todo espiritual y moral” que afecta a la sociedad portuguesa actual, apelando a una “responsabilidad solidaria hacia el bien común”. Y señala los que denomina “siete pecados capitales” fruto de esta crisis: “los egoísmos, el consumismo, la corrupción, la desproporción en materia fiscal, la irresponsabilidad en la carretera, la exagerada comercialización del fenómeno deportivo y la exclusión social”.

Afirman los obispos portugueses que “el concepto orientador del bien común se apoya en la igualdad, justicia y solidaridad”. Y critican la explotación de los trabajadores, afirmando que es inaceptable “que haya salarios injustos e inadecuados”, que “no haya condiciones de higiene y seguridad en los lugares de trabajo, que se impongan horarios laborales que no respetan las necesidades de descanso, que se abuse de la precariedad de la relación laboral, que se abuse del trabajo indocumentado e irregular y que se rehúyan los impuestos y las contribuciones a la Seguridad Social”.

Hasta este momento no han reaccionado al llamamiento de los obispos ni el Gobierno ni los partidos de la derecha que lo apoyan. El silencio parece ser la norma impuesta. El vicepresidente de la Asamblea de la República, Manuel Alegre escribió un artículo en “Expresso” en el que decía: “Yo que soy socialista y laico, me he sentido animado por el llamamiento de los obispos”.

Por una parte, suscribo la aliviada afirmación de Alegre y reitero lo que he dicho en algunas ocasiones. A mi modo de ver, la institución que en Portugal mejor se adaptó al sentido profundo de la “Revolución de los Claveles” –comprendiéndola y aceptándola como una enorme transformación y cambio de la sociedad portuguesa– fue la Iglesia. Se trata de un hecho que debe tenerse en cuenta. Sería positivo que otros sectores de la sociedad, como el empresariado, los partidos, los medios de comunicación, el ejército y los cuerpos de seguridad, las profesiones liberales; el mundo sindical, de la justicia, de la cultura y la ciencia comprendieran los “signos de los tiempos” y actuaran en consecuencia. Que fueran capaces de abrirse a la modernidad dentro del respeto por la solidaridad, por los derechos humanos y por la exigencia medioambiental.

MARIO SOARES, presidente de Portugal entre 1986 y 1996  
Traducción: José María Puig de la Bellacasa